





# Roa Bastos, nuestra herencia

**E**s Luis Rosales quien ha escrito que «el lenguaje, como las emociones, nace en una fuente remota del sentir colectivo». En esa fuente bebemos nuestra herencia más rica y simultánea: bebemos a la vez remotas e inmortales emociones y remotas e inmortales palabras. Las emociones no son nuestras. El lenguaje no es nuestro. Ambos prodigios (fundamentos de nuestro ser) nos son hereditarios y proceden de «una fuente remota del sentir colectivo»; es decir, vienen hasta nosotros desde el fondo del origen, la historia y las necesidades de la tribu. Sentir y hablar son dos prodigios que nos constituyen, pero que no nos pertenecen —excepto si acertamos a agradecer esa doble y remota herencia de una forma esforzada: sirviéndola. Un escritor no ignora estos prodigios, esta deuda ni este deber. Un escritor en lengua castellana no ignora hasta dónde esa deuda es prodigiosa y hasta dónde es humilde y gigantesco su deber. De entre los escritores en lengua castellana que han asumido esa doble emoción al asumir con humildad el lenguaje, uno de los más gigantescos es Augusto Roa Bastos.

Si por los datos conocidos de su paso biográfico por su país tanto tiempo desventurado y por este desventurado siglo no supiéramos que se produjo exactamente de este modo, bastaría leer sus bellísimos, compasivos y enérgicos relatos para entender que Roa asumió a la vez la compasión y las palabras; recibió al mismo tiempo, allá en su infancia, las emociones más majestuosas y la majestad del lenguaje. A sus páginas las aprietan la dignidad, la compasión, el lamento, la protesta, la decisión y la esperanza, y todas esas emociones (todas, sin excepción, hereditarias desde la fuente de la amistad y de la desventura de los hombres) se aprietan en su prosa bellísima y certera, humilde y decidida, sensual y misericordiosa. Pocas veces un artista de la palabra ha alcanzado un palpito tan alto en el servicio de la dignidad, y pocas veces esa necesidad de la tribu a que llamamos solidaridad ha sido expuesta en nuestro idioma de una forma tan digna, sencilla e imponente. Roa Bastos es un instante grave y hondo, es un instante excepcional en la historia de la libertad de la tribu y en la historia de nuestro idioma.

Quien un día, en su infancia, hace ya muchos años, recibiera de la fuente remota del sentir colectivo las emociones más viejamente urgentes de los hombres y la sinfonía de sonidos y signos en que esas emociones se expresan, se agitan y se transforman

*en historia de la sagrada dignidad de la tribu, ha acabado, mediante el amor y el esfuerzo, mediante su trabajo de artista y de hombre digno, formando parte ya del sentir colectivo: Roa es ya agua de esa fuente en que bebemos emoción y lenguaje. Es ya aquello a lo que, para entendernos, le llamamos un clásico. Su humildad personal no debe hacernos olvidar que estamos delante de un maestro. Hablar con él, acompañarlo, oírlo no es sólo oír a un paraguayo que nos relata remotas y eternas desventuras y testarudas esperanzas: es ya también escuchar a la fuente misma donde suena el rumor de la creación del habla y donde suena el rumor de las emociones más hondas de la especie. Su persona y sus libros ya no sólo nos cuentan historias de infortunio y de piedad en un lenguaje primoroso: nos relatan también el rumor de la dignidad general de los hombres y el prodigio de hablar. «El hombre —ha escrito Octavio Paz— es un ser maravilloso porque a veces habla.» Augusto Roa Bastos habla maravillosamente y en sus palabras podemos escuchar el lenguaje de las emociones eternas junto a la eternidad de nuestro idioma. Roa Bastos, nuestro contemporáneo, forma ya parte del eterno sonido de la tribu. Roa Bastos, nuestro contemporáneo, se ha convertido en nuestra herencia.*

**F. G.**